

Ávila en lienzos de Ignacio Zuloaga.

(Publicado en el número 23, junio de 2001 de la Revista Cultural de Ávila, Salamanca y Segovia)

Ávila capital y el macizo de Gredos, fueron cantadas por Unamuno. Riofrío activó la excitación intelectual de Azorín, que fecundó su incomparable prosa cuando escribió tan bellísimas páginas respecto a este pueblecito. En Piedrahita, por eso de que para conocer un pueblo no basta recorrer su suelo, sus calles, sino ha de asistir una curiosidad por lo que piensan y dicen sus hombres, el mismo Azorín pone su atención en uno de los hijos más preclaros de la villa, don José Somoza y Muñoz, ferviente enamorado del progreso y del humanitarismo [...]cuyo pensamiento –el más trascendental- es su fe en la eternidad del espíritu humano.

Se han citado personajes que se acercaron a Ávila, así como a Toledo, Salamanca, Burgos, Segovia, Soria, ciudades que, para ellos, suponían lo esencial de Castilla. Personajes nacieron en ciudades de la periferia del nuestro suelo patrio. Interesa añadir otros, con el fin de que la circunferencia de la rueda esté orlada con más nombres: Machado, Gabriel Miró, Maeztu, Pío Baroja, Menéndez Pidal, Valle-Inclán,... Así facilitamos la tarea a Unamuno. Soy de los que creen que nosotros los vascos somos los que mejor comprendemos y sentimos lo castellano y por mi parte no pararé hasta restaurar lo que hay de eterno en su mística...

El vasco analiza Castilla, clama por que se restauren las viejas virtudes:

...
Ávila de los caballeros,
hueso de la patria más grande,
le diste, nodriza, tu tuétano,
fuerte leche a la monja andante.

A este movimiento convulsivo se unen grandes hispanistas, dos muy vinculados con Ávila, Rubén Darío (Navalsauz con Francisca Sánchez) y Enrique Rodríguez Larreta (La gloria de don Ramiro) Legendre, Barres, Reyles, quien avisa de lo que es testigo en España: Ya hay barruntos de ese deseo de abrir pozos hondos y sacar a la luz el material castizo. Renace la azulejería, renace el admirable arte de los rejeros, renace la moda mudéjar de tallar el ladrillo con el mismo primor que la piedra. Los pintores desentierran al Greco y a Valdés Leal; los escritores a Góngora y Gracián; los arquitectos empiezan a ver al enigmático Churriguera, y todos a sentir lo español.

“A abrir pozos hondos y sacar a la luz el material castizo”.

Pozo tan hondo como adentrarse hasta los tiempos de Felipe II para escribir una novela, admirable novela histórica, que ha de necesitar una ciudad donde desarrollar la acción, y el acierto del autor, Larreta, de elegir la monacal “Ávila de los Santos”.

Aquí es donde quiere llegar quien este artículo escribe para justificar los fondos de dos de los cuadros más representativos de Ignacio Zuloaga, *El Cristo de la Sangre* (Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía, Madrid) y *Los flagelantes*. (The Hispanic Society of America, New York)

Ignacio Zuloaga, el máximo representante en la pintura de la Generación del 98, ha realizado éstos en su taller segoviano. *Los flagelantes* en 1908 y *El Cristo de la Sangre* en 1911.

La idea de *Los flagelantes* surge en Tudela donde conoce la tradición de que los cofrades, el día de Viernes Santos, mortifican sus cuerpos con golpes de látigos hasta que la sangre brota y tiñe fuertemente sus cuerpos. También en dos ocasiones se ha desplazado con su amigo y también pintor Pablo Uranga a San Vicente de Sonsierra a ser testigo de las disciplinas de Los Picaos.

Para modelo de este cuadro, toma el Crucificado que se adora en la antecapilla de la Cueva de Santo Domingo el Real de Segovia. Con ayuda de unos mozos de cuerda lo suben al taller de San Juan de los Caballeros para contar además con modelos segovianos y realizar tan dramática composición.

En *El Cristo de la Sangre*, resuelve el gran problema de representar a Nuestro Señor a la manera velazqueña, y que nos lleva de nuevo a Unamuno:

¿En qué piensas Tú, muerto, Cristo mío?
¿Por qué ese velo de cerrada noche
de tu abundosa cabellera negra
de nazareno cae sobre tu frente?

En composición, una de las más bellas, y quizás más estudiadas, es asistido por gentes del pueblo, segovianos de rostros enjutos, lacerados por el por vientos del cierzo, o amojamados por la sequedad del implacable calor cuando todo agosta. Sus vestimentas, capas pardas ajadas, avejentado hábito rojo de un cofrade, o negra sotana dignamente llevada por el clérigo que preside la ceremonia.

Unamuno consideraba que, en Zuloaga, la expresión de lo católico se caracterizaba por la manera sobria, fuerte y austera de ejecutarlo, por el severo claroscuro.

Ignacio Zuloaga vino a trabajar durante dieciocho años seguidos a Segovia. De paisajes abiertos o urbanos realizó una buena colección. (Muy lejos le sigue Sepúlveda, con ocho cuadros) Contando los paisajes, los retratos y composiciones varias, se considera que, del total de unos ochocientos cuadros, más de ciento sesenta fueron realizados Segovia o tienen relación directa con ella.

A quien firma estas meditaciones no le extraña absolutamente nada que Segovia no aparezca como fondo del cuadro.

Segovia está rodeada por un cinturón de vegetación cambiante en sus tonalidades que va del ceniza mientras los hielos someten la naturaleza, el verde tierno de la primavera, el verde fuerte del estío y el cobre u oro viejo de los otoños. Despierto el suelo tras la invernada, los valles ofrecen infinidad de lugares donde se explaya quien busca el placer, el descanso, el paseo:

En Segovia, una tarde, de paseo
por la alameda que el Eresma baña
para leer mi Biblia
eché mano del estuche de mis gafas
en busca de ese andamio de mis ojos,
mi volado balcón de la mirada.

...
“De un cancionero apócrifo” Antonio Machado.

Zuloaga, eibarrés, 1870, es hijo de artista, nieto de artista, biznieto de artista, toda una dinastía de artistas. Ya Carlos IV tenía a su servicio como Armero Mayor de la Casa Real a don Blas Zuloaga, nacido en 1782, bisabuelo del pintor.

Con tal herencia no aceptó los consejos de su padre para iniciar carrera universitaria proclive al desarrollo industrial en Guipúzcoa a finales del XIX. Y se marchó a Madrid, a estudiar con los maestros de El Prado, Zurbarán, Velázquez, Ribera, El Greco,... calaron hondo, así que cuando dejó luego los museos de Roma y entró en los círculos de españoles que se formaban en París, -Rusiñol, Casas, Jordá, Utrillo, Durrio- en convivencia con Dethomas, Gauguin, Degas, Carrière, Toulouse-Lautrec,... pronto se dio cuenta que él nada tenía que decir con respecto a las corrientes pictóricas de esta pléyade parisiense y volvió a España. Cinco años en Sevilla le encauzan pero será Segovia, y su tío Daniel Zuloaga, el gran ceramista, quienes le enseñan en 1898 hacia donde marca la flecha de la veleta que él andaba buscando.

El Estado francés y el Estado belga compran algunos de sus primeros cuadros pintados en esta ciudad castellana.

Medalla de honor en Venecia, 1903; triunfo en Dusseldorf, 1904; Salones de la Nacional de París en años siguientes; premio del Rey en Roma, 1911 justifican ya los años de trabajo en Segovia que se están comentando.

Si son sus maestros los grandes artistas del Renacimiento y del Siglo de Oro, ha de seguirlos y éstos, en temas religiosos, que como los que se están comentando, con diversas facturas suelen representar una imaginaria Jerusalén tras el Crucificado. Ahora los tiempos son otros, más reales. San Lucas, en su evangelio, relata que era ya como la hora de sexta, y las tinieblas cubrieron toda la tierra hasta la hora de nona, oscureciéndose el Sol. Con esa luz Zuloaga cubre la ciudad de Ávila, severa, austera, enclaustrada en su muralla. Ya tiene perfectamente armonizada la composición.

Confirma así su anuencia anterior con el trato dado al último término de la composición de *Los flagelantes*, (The Hispanic Society of America, New York).

Ávila, según aparece en los anteriores, fue llevada al lienzo por Zuloaga en primera ocasión en 1907 para el celeberrimo *Gregorio el botero*, (187 x 154 cm.) hoy en el museo de San Petersburgo. El Botero de Zuloaga fue elevado a la categoría de mito nacional por la pluma de Ortega y Gasset.

En 1910 realizó el paisaje *Cementerio de Ávila*, (66 x 51cm.) conservado en el Instituto de Arte de Detroit, legado por mis Julia E. Peck.

En 1917, un luminoso lienzo, de acertadísima factura, *Paisaje de Ávila*, que representa toda la ciudad según la vio Zuloaga desde el Cerro de San Mateo, paraje que se halla al arranque de la carretera a Plasencia.

A propósito ha quedado sin referencia el 1912. Este año, en París realizó el retrato de su amigo *Enrique Rodríguez Larreta*, contemplador desde el paraje de “Los Cuatro Postes” de su querida ciudad donde, como ya quedó dicho, situó a su personaje principal, Don Ramiro.

El cuadro, en la colección Larreta, Buenos Aires, merece un estudio amplio y quedará para otra ocasión comentar un proyecto, no llevado a cabo, que hubiera sido de trascendencia universal ya que Zuloaga, Larreta y Falla, éste en particular, en 1920 dejaron pergeñado el libreto para una versión musical sobre la obra de Larreta, estructurada en un prólogo, tres actos y el epílogo, con una apoteósica “La gloria”.

